

[237]

CAÍN Y ABEL Y EL PECADO ORIGINAL “SOCIAL”

Ariel Alvarez Valdés

El primer homicida

El relato de Caín y Abel, tal como aparece en Gn 4, encierra muchas contradicciones. Si a esto le añadimos las distorsiones que le hemos agregado nosotros en la transmisión de una catequesis bastante primaria y deficiente, nos damos con que tenemos popularmente asumido un relato que nada tiene que ver con el original.

En este artículo trataremos de mostrar cómo las contradicciones que tiene la narración son producto de su larga prehistoria antes de desembocar donde finalmente se encuentra, y qué es lo que pretendieron enseñar los distintos redactores involucrados en él.

Según Gn, al poco tiempo de ser expulsados del Paraíso, Adán y Eva engendraron dos hijos, llamados Caín y Abel (c.4). El mayor se dedicaba a la agricultura y el menor era pastor. Los dos hermanos eran muy religiosos, y le ofrecían a Dios los frutos de sus trabajos: Caín los productos del campo y Abel los primeros nacidos del rebaño.

Pero a Dios sólo le agradaba la ofrenda de Abel, no la de Caín. No se aclara la razón de tal preferencia, ni cómo los jóvenes se enteraron de las diferencias que Dios hacía. Sólo describe el enojo y la amargura de Caín ante la actitud de Dios. Entonces Dios se dirigió a él con una frase misteriosa: “¿Por qué andas Irritado y pones tan mala cara? Si haces el bien, podrías levantar la cabeza. Pero si no obras bien, a la puerta está el pecado acechando como fiera que te codicia, y a quien tienes que dominar” (v.7).

[238]

Pero Caín no quiere escucharlo, y comienza a alimentar el odio contra su hermano Abel. Hasta que un día lo invita a ir al campo, y allí lo ataca y lo mata.

La expulsión de los cultivos

Dios, entonces, se le presenta a Caín y lo interroga: “¿Dónde está tu hermano Abel?”. Y Caín responde con su famosa frase: “No sé. ¿Acaso soy el guardián de mi hermano?”. Dios le contesta: “La sangre de tu hermano clama a mí desde el suelo. Por eso quedarás maldito y expulsado de la tierra que ha bebido la sangre de tu hermano, a quien tú mataste. Aunque labres la tierra, no volverá a darte sus frutos, y andarás errante por el mundo” (v. 10-12).

Caín toma conciencia de lo que hizo, y lanza un grito de profundo dolor: “No puedo soportar semejante culpa. Ahora me echas fuera de esta tierra, y tendré que vagar por el mundo lejos de tu presencia. Y cualquiera que me encuentre me matará” (v. 13-14).

Dios, conmovido ante su llanto desesperado, con un acto de bondad promete vengarlo siete veces si alguien intenta matarlo, y le pone una señal de protección y salvación, para que quien lo vea lo reconozca y lo respete. Así, Caín sale de la tierra que solía cultivar, y se refugia en el desierto, donde es condenado a una vida errante y de sufrimientos.

Una figura desfigurada

Al leer este capítulo, lo primero que encontramos es una figura de Caín distinta a la que la tradición nos había acostumbrado. No aparece tan malo, ni vemos tampoco en ningún lado que Abel haya sido bueno.

Que Dios haya preferido las ofrendas de uno más que las del otro, no significa que uno era bueno y el otro malvado como a veces creemos. Se trata de un hecho muy común en la antigüedad, donde el rey, el faraón o el emperador podía elegir a las personas como mejor les parecía, sin que ello significara un problema de moralidad, ni de injusticia, ni de desprecio a los otros. En el caso de Abel, se trata de una elección libre de Dios, como soberano.

En cambio la tradición fue la que por una valoración negativa de Caín, interpretó su grito de dolor y penitencia como si fuera de desesperación y obcecación, y dijera: “mi pecado es tan grande que no merezco perdón”, lo cual no concuerda con el texto.

Y para peor, el signo que Dios le coloca, que era en realidad de misericordia y protección, fue entendido como signo de maldición y de vergüenza ante el pecado cometido.

[239]

El enigma de una esposa

Pero sobre todo llama la atención una serie de contradicciones y detalles Incoherentes a lo largo del relato.

Comienza diciendo que Caín era labrador y Abel pastor de ovejas (v.2). Pero si ambos hermanos son hijos de los primeros hombres, eso es imposible. Según la paleontología, los primeros seres humanos que aparecieron sobre la tierra hace 2.000.000 de años, vivían de la caza, de la pesca, y de los frutos espontáneos del suelo. La domesticación de animales sólo surgió 10.000 años a.C., y la agricultura más tarde aún, unos 8.000 a.C. ¿Cómo podía Caín conocer la agricultura y Abel ser pastor?

Además, en el v.4 se cuenta que Abel ofrecía a Dios los primeros nacidos de su rebaño y la grasa de los animales. Pero fue en el monte Sinaí, muchos siglos después, cuando Dios le ordenó a Moisés que el pueblo le ofreciera los primogénitos de los rebaños (Ex 34,19) y las grasas de los animales (Lv 3,12-16). ¿Cómo podía ofrecer Abel lo que aún no estaba mandado?

Más adelante Caín invita a su hermano a salir juntos al campo (v.8). Pero ¿acaso habitaban ya en las ciudades?

Luego de su crimen Caín exclama: “cualquiera que me encuentre me matará” (v. 14). ¿Quién va a poder matarlo, cuando no existen más que Adán y Eva?

Pero quizás lo que más ha asombrado a los lectores de la Biblia es leer en el v. 17 que “Caín se unió con su mujer, y ella quedó embarazada”. ¿De dónde sacó una mujer Caín? Algunos han llegado a suponer que se trata de Eva, ¡nada menos que su propia madre!, ya que en esa época no habría estado prohibido el incesto.

Todo esto ha perturbado durante siglos a los lectores de la Biblia.

El héroe Caín

Podemos afirmar que la historia de Caín presenta tantas incoherencias, porque pasó por tres etapas sucesivas, hasta terminar dónde hoy está en el Génesis. En un principio era un relato popular, transmitido oralmente, e independiente del de Adán y Eva. En él se narraba la vida de un antiguo héroe llamado Caín, que vivió en una época ya avanzada de la humanidad. Por eso se hablaba de ciudades construidas, de un culto a Dios desarrollado, de naciones enteras que poblaban la tierra, y se mencionaba la agricultura y la ganadería.

La historia comenzaba con el nacimiento de Caín, y contaba cómo el día en que vino al mundo, su feliz madre lo celebra con una frase de mucha estima y cariño: “He adquirido un hijo varón con la

[240] ayuda del Señor” (Gn 4,1). Quizás se trataba, en el cuento original, de un ser semidivino, bastante conocido en el antiguo oriente. Que era una figura famosa se deduce porque, en la Biblia, se acostumbra a explicar el nombre de las personas importantes. Y el Génesis da una explicación del nombre “Caín”, diciendo que significa "adquirir".

Cuando el niño se hizo grande, se convirtió en el fundador de una famosa tribu beduina, llamada de los “cainitas”, que habitaba en el desierto, al sur de Israel.

La historia incluía también su casamiento, quizás con alguna de las muchas jóvenes pertenecientes a los clanes que por entonces habitaban el desierto, y el nacimiento de su hijo Henoc (4,17).

El homicida Caín

Esta historia que los cainitas contaban de su fundador, Caín, era conocida por sus vecinos los israelitas. Pero éstos la modificaron.

El efecto, a ellos les llamaba la atención el hecho curioso de que tales beduinos vivieran en pleno desierto, apartados de las tierras cultivadas. Y que por no encontrar en sus áridos territorios los medios suficientes de subsistencia, se dedicaran al pillaje y al saqueo.

Se preguntaban, pues: ¿por qué los cainitas llevan una vida tan penosa y errática, lejos de la tierra prometida y bendecida por Dios? Y se respondían que se trataba de un castigo de Dios, que los había condenado a vivir errantes por algún delito cometido por su fundador. ¿Qué clase de delito? No lo sabían, pero como los cainitas asolaban permanentemente los cultivos de sus tribus hermanas de raza, imaginaron que el delito de Caín era contra su hermano.

Debido a que los cainitas adoraban a Yahvé, igual que los israelitas, pusieron en el relato que “Caín ofrecía a Yahvé sus frutos”.

Estos beduinos eran famosos por las terribles venganzas que perpetraban contra quien mataba a uno de sus miembros. Por eso añadieron en el cuento: “Cualquiera que mate a Caín lo pagará siete veces” (v. 15).

Es posible que manifestaran externamente su pertenencia a la tribu por medio de un signo o tatuaje. Por eso, el texto refiere que Caín tenía una señal “para que nadie que lo encontrase lo atacara” (v. 15).

Para completar el relato faltaba aún un detalle: agregar la figura del hermano asesinado. De este modo, Imaginaron en el cuento a Abel.

[241]

El hermano que faltaba

Es así como esta historia entró en una segunda etapa. A aquel legendario héroe llamado Caín, fundador de los cainitas, la tradición hebrea lo fue convirtiendo, poco a poco, en un fratricida castigado por Dios a vivir errante. Esto explica muy bien algunas particularidades del relato.

Ante todo, el hecho de que en la narración bíblica el protagonista principal sea Caín. En efecto, sólo de él habla; es el único que desempeña un rol activo; y únicamente con él conversa Dios. En cambio Abel es una figura decorativa; su papel es secundario y sin importancia; no dice una palabra, sólo padece; Dios no le habla nunca; y su única razón de ser en el cuento es la de complementar el protagonismo de su hermano.

Por otra parte, que del nombre de Abel no se dé ninguna explicación, como se hizo con Caín. Más aún, en hebreo su nombre significa "nulidad", "vacío", es decir, algo sin consistencia. Resulta tan anodino, que ningún otro personaje bíblico lo volvió a utilizar jamás.

Plagio en nombre de Dios

Tiempo después, en épocas del rey Salomón, la historia de Caín pasó a una tercera etapa. Un anónimo escritor judío que la conocía, se dio cuenta de que ofrecía muchas posibilidades. Ese labrador expulsado de la tierra cultivable, y condenado a vagar errante para siempre, se prestaba a las mil maravillas para profundizar la explicación sobre la presencia del mal en el mundo, y, con algunos retoques, resolvió agregarla a continuación del relato de Adán y Eva, a pesar de las incoherencias con las que quedaría, como el hecho de que aparezca tomando mujer, cuando ahora Caín era la tercera persona de la humanidad.

Es que, ante la angustiada pregunta sobre el por qué existe el mal, por qué hay sufrimiento, por qué los hombres deben soportar tantas penurias, nuestro autor había respondido con la historia de Adán y Eva: porque el hombre ha desobedecido a Dios; comiendo el fruto prohibido ha preferido su propia voluntad a la del Creador y cortó relaciones con él.

Sin embargo este diagnóstico era aún insatisfactorio. Nuestro autor lo sabía. Decir que sólo cuando el hombre peca contra Dios se produce un desorden en el mundo, era decir la mitad. En cambio con la historia de Caín, condenado a una vida penosa y dura por faltar contra su hermano, pudo completar su enseñanza, diciendo que el

[242] mal también va creciendo en el mundo por los delitos contra los demás hombres.

Por ello al hablar de Abel destaca con insistencia su condición de "hermano", que es lo único que le interesa. Es tan obsesiva esta idea, que llega a repetirla hasta siete veces en este breve texto. Como si quisiera enseñar que todo hombre, cualquier hombre, por formar parte de la humanidad, es hermano del resto de los hombres.

El segundo pecado original

El relato de Adán y Eva tenía cuatro partes: a) mandato de Dios (no comerás del árbol de la ciencia del bien y del mal); b) desobediencia del hombre (tomó de su fruto y comió); c) castigo de Dios (por haber hecho esto...); d) esperanza de salvación (Yahvé vistió al hombre y a su mujer con túnicas de piel).

El de Caín y Abel tiene también cuatro partes: a) mandato de Dios (si obras bien podrás levantar la cabeza, pero si no...); b) desobediencia del hombre (Caín mató a su hermano); c) castigo de Dios (maldito serás lejos de este suelo...); d) esperanza de salvación (Yahvé puso una señal a Caín para que nadie lo atacara).

Es decir, Intenta proponer el mismo tema que el relato de Adán y Eva: el origen del mal. Pero ahora con una respuesta distinta. En aquél, el escritor sagrado explicaba que el mal en el mundo dependía de las relaciones del hombre con Dios. En ésta, en cambio, completa la información, y añade que el mal no nace únicamente por la ruptura del hombre con el Creador. Hay como un segundo "pecado original": es el de la ruptura de relaciones con el hermano.

Por eso en la narración de Adán y Eva, es la voz de Dios la que advierte a los primeros padres que han pecado. En cambio en la de Caín, es la sangre de Abel la que lo acusa: "Se oye la sangre de tu hermano clamar a mí desde el suelo".

Para que lo sepa el rey

La enseñanza de la historia de Caín es realmente revolucionaria para su época. Pretende dejar sentado que el crimen contra el hermano es tan grave como el delito contra Dios. Que la responsabilidad del hombre para con su prójimo es la misma responsabilidad que tiene frente a Dios.

Como dijimos, el autor inspirado escribe esta página de la Biblia durante el gobierno del rey Salomón. En esta época, tanto la clase gobernante como los funcionarios y los sacerdotes, enseñaban oficialmente que uno era un buen israelita si cumplía sus obligacio-

[243] nes para con Dios. Se insistía en ofrecer los sacrificios en el templo, pagar los diezmos, y prestar servicios al rey, representante de Dios. Pero el rey, con el pretexto de servir a Dios, explotaba al pueblo, abusaba de él y lo empleaba gratuita y desvergonzadamente en las canteras, para la construcción de sus palacios y sus grandes edificios.

El autor de este texto, al colocar aquí el relato de Caín, completa osadamente esa doctrina emanada del palacio, denunciando que, según Dios, para ser un buen creyente es necesario también preservar la vida de los hombres, sus hermanos, cuidarla y velar por ella.

La ampliación de Jesús

La leyenda de Caín, insertada a continuación de la de Adán y Eva, fomentó la enseñanza del respeto al hermano con el mismo afán con que se respetaba a Dios.

Pero los judíos consideraban hermano sólo a los demás judíos, no al resto de las naciones. Por ello Jesús, muchos siglos más tarde, volvió a actualizar esta misma enseñanza. Cuando le preguntaron cuál era el mandamiento más importante de la Ley, contestó que no era uno sino que eran dos: amar a Dios con todo el corazón, y amar al prójimo como se ama uno mismo. Y cuando le preguntaron quién era el prójimo, amplió la interpretación de esta palabra y la extendió a todos los hombres con los que, en el camino de la vida, uno puede encontrarse (Lc 10,25-37).

Muchas veces, sobre todo en los siglos pasados, los cristianos hicieron hincapié únicamente en el primer mandamiento, el del amor a Dios, y descuidaron gravemente el segundo, del respeto a los hermanos. Hoy en día, a menudo los cristianos tienden a acentuar el segundo, el de la asistencia a los hombres, y olvidan el primero del trato con Dios.

Desde el fondo de la prehistoria bíblica, el cuento de Caín nos enseña que, para encontrar el equilibrio de la vida, es necesario tener presentes a los dos.